

**EL OJO CRÍTICO**



José  
Lois  
Estévez

## Reacciones ante el medio. *Por José Lois Estévez*

La mayor diferencia entre los animales y el hombre se descubre en su modo de reaccionar frente al mundo. Los animales se adaptan al medio. Buscan el menos hostil, pero no se les ocurre transformar la naturaleza, haciéndola más confortable. El hombre lucha por inventar instrumentos que disminuyan su dependencia del entorno: quiere menos riesgos y mayor bienestar. La historia sería un relato de los esfuerzos humanos para mejorar el planeta, si alguna vez no fuera evidente que los mismos hombres pueden llegar a ser en ocasiones los peores enemigos de los demás.

Para convertir el mundo en más habitable habría que conocer las causas a que obedecen los fenómenos naturales agresivos. ¿Cuáles podríamos domesticar y de cuáles servirnos? No se tardó en notar que todo saber es una fuente de poder, ni que los errores constituyen obstáculos que entorpecen nuestro progreso. Para combatir el error, hubo cada vez que otorgar a la verdad mayor relevancia. Las opiniones y el saber vulgar fueron así retrocediendo ante la crítica filosófica, mientras con lentitud se conformaba el método científico.

¿En qué consistía éste? En aprender a explorar la naturaleza y en resguardarse de los errores, gracias a un pensamiento fiel a sí mismo, capacitado para medir la magnitud de los que, pese a nuestra vigilancia para prevenirlos, burlan todavía nuestras cautelas.

*El hombre lucha por inventar instrumentos que disminuyan su dependencia del entorno: quiere menos riesgos y mayor bienestar*

Podemos resumir hoy en unas pocas líneas el sinuoso proceso que hubo de recorrer la humanidad antes de dominar el método. Costó, sin exageración, varios millones de años. Nos enredamos en la disponibilidad de los recursos escasos para satisfacer innumerables necesidades. Hace poco más de tres siglos que se iniciaron los estudios científicos sobre tan acuciante problemática. ¿Cuáles han sido desde entonces los logros de la investigación? Si la potencialidad de un saber se mide por la exactitud de sus pronósticos, cuantos nos brindan los economistas están muy lejos de contentarnos. En términos cuantitativos, sus resultados son muy pobres. ¿No cuentan bien? Ignoran qué o cómo medir?

El problema económico fundamental lleva milenios planteado: ¿cuántas cosas debe poner a punto nuestro trabajo productivo para colmar la suma de nuestras crecientes necesidades? Si queremos separar los datos de las incógnitas, encontramos el principal embrollo. Nuestras apetencias carecen de fijeza: son la misma variabilidad. ¿Cómo calcular el trabajo total y dividirlo, sin restos, según demanda? ¿Cuál es el motor que dinamiza la actividad económica? El interés de cada uno, sugirió Adan Smith; pero ¿cómo medir su relativa importancia? Desde fechas remotas se idearon soluciones al acertijo. Primero la permuta; después, mediante alguna mercancía privilegiada; al fin, el dinero. El precio medía el valor de las cosas; pero sin rigor, al ser la unidad dineraria inestable y a merced de intromisiones políticas. Además, al diferir entre sí las estimaciones, inspira el amor propio la mejor oferta; y el precio se objetiva en la media.

Aspirando a resultados cuantitativos previsible, la Economía tendría que ser una disciplina estadística. Está formalmente matematizada, mostrando el tratamiento lógico dispensado a sus problemas, sin aplicarlos en concreto a soluciones aleatorias. El motivo no es un enigma: faltan datos para la previsión, pues aun constando que Derecho y Economía se interaccionan, no se ha indagado en qué medida. La USC, con Legaz, Otero Díaz, Suárez Llanos, ha sido pionera en estos estudios. Hoy universidades de USA han tomado el relevo, pero sin advertir que la clave de la relación interdisciplinar no es otra que la entropía política. ¿Cuánto mantendremos inoperante este factor de estancamiento?